

Tema 8: Mujer, ahí tienes a tu hijo (*Jn* 19, 26-27)

(Misal y Leccionario: n. 13 – madre-discípulo)

En este octavo día de la novena a nuestra Señora de los Dolores, ponemos nuestros ojos en una escena muy conocida, que nos ayuda a comprender cómo quiere Jesús que consideremos a aquella que cooperó con Él en modo único en la obra de la redención: María al pie de la cruz y las palabras de Jesús a su discípulo amado.

1. Jesús en cruz y su Madre al pie

Jesús agonizante, antes de entregar su espíritu al Padre, también tiene un gesto con su Madre de encomendarle al discípulo como “hijo” y a su discípulo como “Madre”.

Ciertamente es un gesto de piedad filial. Su madre estaba por quedar sola. Pero el Evangelio nos da algunos detalles que ayudan a penetrar mejor sus palabras.

Por un lado, se menciona al lado de María Santísima a María casada con Cleofás parienta de la Virgen, que en el caso de necesidad podría ayudar con el cuidado de María, después de la muerte de su Hijo.

Pero, por una parte, Jesús se dirige primero a la Virgen para que se haga cargo del discípulo como Madre. Parece que Jesús estaba más preocupado de la fortaleza y fidelidad del discípulo, de su desamparo sin el Maestro, que en el cuidado de María.

Si hubiese pensado simplemente en la soledad de su Madre se hubiese dirigido en primer lugar al discípulo, que cuidase de su Madre porque se estaba por quedar sola.

Jesús conocía la fidelidad y cuidado de María, lo había experimentado, por eso ahora quiere hacer extensiva su maternidad a todos los discípulos, representados por Juan.

También es significativo que Jesús la llama “mujer”. Así la figura de la “mujer” que había contribuido al ingreso del pecado en el mundo,

y, con el pecado, de todos los males = pérdida de la amistad con Dios, ignorancia, debilidad de la voluntad para el bien, desorden de las pasiones, enfermedades, dolor y muerte (cf. *Gen 3, 15-17*).

Ahora la mujer queda dignificada, rehabilitada y la maternidad se convierte en cooperación, ayuda para extender la obra de la redención a todos los hombres.

Juan Pablo II, en una de sus Catequesis mariana dice:

“las palabras de Jesús *he ahí a tu hijo*, realizan lo que expresan, constituyendo a María como madre de Juan y de todos los discípulos destinado a recibir el don de la gracia” (*Audiencia general*, 23 marzo 1997, n. 3).

Y concluye:

“en esta opción del Señor se puede descubrir la preocupación de que esa maternidad no sea interpretada en sentido vago, sino que indique la intensa y personal relación de María con cada uno de los cristianos” (n. 4).

2. *He ahí a tu madre...*

Jesús había tenido con el discípulo una consideración especial. La noche anterior les había dado el mandamiento del amor singular. También había descubierto quien era el traidor...

Y ahora, al pie de la cruz, le confía a María que la considere como su madre, es decir: honrarla y tener un amor filial.

Hay devociones populares que, en la vida de la Iglesia, y muchas veces promovidas por algún santo, fueron adquiriendo un valor especial: por ej. el vía crucis, los pasos de la pasión en Semana Santa (cf. Sevilla...).

Pero hay algo que tiene su origen en el mismo Cristo. Cristo lo instituye para sus discípulos. Con esta palabra desde la cruz, instituye la devoción a María como madre.

Jesús sabía muy bien que la maternidad de María sobre sus apóstoles y todos los cristianos, y la devoción y honra de los cristianos respecto a María Santísima serían de una ayuda inmensa para unirlos

más estrechamente a Jesús, para meditar su doctrina e intentar poner en práctica sus mandatos y consejos, para que su Padre fuese adorado, amado y servido del mejor modo posible.

3. La Virgen es camino seguro a Cristo.

Su plenitud de gracia y su maternidad, no se cierran egoístamente en ella misma, sino que quiere, busca unir los discípulos a Jesús, como pasó en Caná de Galilea. El evangelio nos dice que *este fue el primero de los signos (milagros) realizados por Jesús* (a instancias de su madre), y *sus discípulos creyeron en Él* (Jn 2, 12).

Así tenemos una serie de “Devociones” instituidas por Dios mismo:

- la lectura, meditación, contemplación del Evangelio: *este es mi Hijo amado, en quien me complace, escuchadlo* (Mt 17, 5, en la transfiguración).

- la **adoración** de Dios como Padre: *estos son los adoradores que el Padre busca... llega la hora en que los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en espíritu y en verdad* (Jn 2, 23-24, en diálogo con la samaritana);

- la **preparación** a recibir el Espíritu Santo (primera novena al Espíritu Santo): *quedaos aquí hasta que seáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto* (Lc 24, 49, al momento de su ascensión al cielo);

- y el **recibir a María como madre**: *ahí tienes a tu madre* (Jn 19, 27, a su discípulo amado).

Estas son “devociones” **inventadas y queridas por Jesús**. Por tanto, no son “opcionales”, sino obligatorias para todo cristiano que quiera ser verdadero discípulo de Jesús.

4. La recibió entre sus bienes

El texto evangélico concluye diciendo que Juan, el discípulo amado, **la acogió entre sus cosas** (o bienes) (Jn 19, 27).

Como dice JP II, el Evangelio “nos informa sobre la actitud que mantuvo durante toda su vida como fiel custodio e hijo dócil de la Virgen” (*Audiencia general*, 7 mayo 1997, n. 3). La expresión griega

entre sus bienes, no se refiere a bienes materiales, sino a los dones que el discípulo recibió de Cristo.

Entre los bienes que Cristo dejó, valiosísimos, recordamos algunos:

- la gracia: *de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia* (Jn 1, 18);

- sus palabras: *quien desecha y no recibe mi palabra, ya tiene quien lo juzgue en el último día... no hablé por iniciativa mía, sino el Padre que me envió me dio la orden de qué debía decir y qué hablar* (Jn 12, 48; cf. 17, 8).

- su Espíritu: *ríos de agua viva... esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él* (Jn 7, 39; cf. 14, 17);

- la Eucaristía: *el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día... el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él* (Jn 6, 55-57).

A modo de conclusión. Y entre todos esos bienes que el discípulo recibió de Cristo, está su madre. Concluye Juan Pablo II:

“**Dios quiere** que todo cristiano, a ejemplo del discípulo amado, *acoja a María en su casa*, y le deje espacio en su vida diaria, reconociendo su misión providencial en el camino de la salvación”.

Preguntas:

1. Desde la cruz ¿qué encargo me dio para ser verdadero discípulo?
2. ¿Doy espacio a María como Madre, en mi vida diaria? ¿La he recibido de Jesús como uno de sus regalos más valiosos para mí, para mi familia?